

Sinopsis de *El tesoro visigodo*

por Luis Molina Aguirre.

Cuentan los más ancianos de la sierra salmantina, que existía una bella reina amante de don Rodrigo, el último rey visigodo de Hispania, e hija del pérfido conde don Julián. Dicen también, que la divina se llamaba Quilama y que su progenitor se alió con el infiel moro Muza para derrotar a Roderico en venganza por su mancilla, pues éste pensaba que la mantenía presa el soberano bajo fuerza. Afirman, que el Rey construyó un castillo en lo más escarpado de la sierra para defenderse y esconder a su amada junto con el gran tesoro visigodo procedente de las innumerables batallas ganadas a los muchos enemigos. Cuentan además, que parte de ese tesoro provenía del confiscado por Roma tras el saqueo de Jerusalén y que se trataba del más grande y maravilloso jamás reunido por reino alguno, pues entre sus objetos más soberbios podía hallarse las coronas votivas de todos los reyes visigodos hispanos, montañas de perlas y piedras preciosas así como monedas de toda índole y cuña, las joyas más finas engastadas por las mejores manos orfebres del mundo y, sobre todas ellas brillando con luz propia emanada no del resplandor sin igual del oro sino de su poder divino, se podía encontrar la sagrada Mesa de Salomón y el magnífico candelabro, llamado por los judíos, la Menorá, el cual fue mandado fabricar a Moisés por el mismísimo Dios.

Afirman también los ancianos, que Florinda o la Quilama, que de los dos modos era llamada, muere de pena al contemplar el enfrentamiento mortal entre los dos hombres que más ama en su vida. Dicen los más vetustos que el buen rey Rodrigo entierra a su doncella junto al gran tesoro en una gruta secreta oculta bajo el gran castillo y que cuando la fortaleza es traspasada por el hereje, éstos, no hallan ni rey ni hija de conde ni tesoro alguno. Cuentan aquellos cuya memoria traspasa la noche de los tiempos, que los días en los que la luna es redonda e ilumina la oscuridad minimizando las sombras de la negra noche, se puede oír llorar a la pobre Florinda mientras va a por agua al río, pues su alma descansa alejada de la de su amado don Rodrigo bajo la sierra de Salamanca. Y dicen, por último, que por la Quilama un Rey perdió amada, reino y vida.

En su lecho de muerte, el Rey, encarga a su mejor capitán, Sosilvo, sacar el tesoro de la gruta en la que se halla oculto y así esconderlo lejos del alcance del sarraceno. La intención es hacérselo llegar a aquel que pudiese utilizarlo con la intención de reconquistar el reino perdido a manos infieles. Esta misión es llevada a cabo por los hombres de confianza del defenestrado rey, los cuales depositan pequeñas partes del tesoro en los cuatro puntos cardinales de la Península Ibérica a modo de complicadas pistas con el fin de que don Pelayo, rey del último vestigio visigodo que queda en la Península, las junte y así logre llegar hasta el auténtico tesoro escondido por el capitán de don Rodrigo. Tan grande era el tesoro que con él podría comprar ejércitos, voluntades herejes, e incluso, el reino entero.

Casi mil cuatrocientos años después, el fantástico tesoro visigodo mandado esconder por don Rodrigo, continúa sin aparecer. Hasta que Rodrigo y Verónica Mocube reciben una carta de su padre, muerto hace 15 años, a través del testamento de Evangelina, la madre de éstos, recientemente fallecida. A partir de ese momento, junto con los dos mejores amigos de Rodrigo, Carlos Lidenman y Fernando Gutiérrez, comenzará una aventura que les llevará a lo largo y ancho de la Península Ibérica en busca de un fabuloso tesoro mandado esconder por el último rey de Hispania y cuya única manera de hacerse con él será por medio de pasar unas peligrosas pruebas con el fin de conseguir las pistas que conducen al siguiente lugar de la búsqueda. Así la primera será encontrada en una columna de adorno entregada en el testamento de Evangelina a sus hijos, la cual llevará a la segunda pista que será hallada en Nuestra Señora de la Asunción (Segoyuela), la tercera estará en el cerro de El Germo (Córdoba), la cuarta será encontrada en la iglesia de Santa Marta (Martos, Jaén), la pista quinta en la iglesia de El Salvador (Cifuentes), la sexta en San Pedro de Balsemao (Lamego, Portugal), la séptima en San Fructuoso Montelios (Braga, Portugal), la octava en la Colegiata de de Nuestra Señora de la Asunción de Medinaceli (Medinaceli), la novena en la iglesia de San Jeremías (Amaya, Burgos), la décima en la iglesia Martirial de Marialba (León) y la pista onceava, la última, se hallará en San Pedro de la Nave (El Campillo, Zamora). Dibujando así, sobre la superficie de la Península Ibérica, una cruz, símbolo de la devoción y fe católica de los últimos reyes visigodos. Las piezas del rompecabezas serán halladas fundamentalmente en el subsuelo de las iglesias, a la altura del ábside y éstas sólo serán accesibles después de pasar una prueba que pondrá en peligro las vidas de los protagonistas. Una vez lograda la pista, habitualmente en forma

de pieza de orfebrería típicamente visigoda, ésta les mostrará, de diferentes modos cada una de ellas, mediante acertijos más o menos complicados de resolver, la forma de alcanzar la siguiente prueba.

Será, precisamente, durante la búsqueda de estas pistas escondidas por Sosilvo, el capitán de don Rodrigo, cuando la trama se complique, al aparecer de un lado Silvia Monforte, una guapa e inteligente policía inspectora jefe de la Brigada de patrimonio histórico de la policía nacional. Por otro lado un grupo de empresas sin escrúpulos llamada Morisalitre al frente de la cual se encuentra Marcus, un personaje inquietante capaz de mover, en las sombras, los hilos de los hombres más poderosos del planeta, esta antigua secta y ahora próspero holding de empresas, demostrarán estar dispuestos a cualquier cosa por hacerse con el tesoro, pues llevan buscándolo casi un milenio y medio desde que el conde don Julián la fundase. Y por último aparecerá una organización que se dedica a combatir los desmanes de éstos últimos, llamada Rex, terra, pax. Su jefe, Diego Formoso, revelará no sólo ser un tipo misterioso sino que, tal vez, oculte un secreto inconfesable y difícilmente explicable.

El asesinato de uno de los hombres, Darío, de ésta última organización, a manos de un siniestro esbirro, un americano de nombre Anderson, del grupo de empresas Morisalite, llevará inevitablemente a los primeros a actuar decididamente contra el holding ayudando, sin ser descubiertos, a los protagonistas. Tras la muerte del americano a manos de Néstor, uno de los hombres importantes de la organización y primo de Carlos Lidenman, el grupo Morisalitre mandará al más peligroso de sus hombres, al japonés Koji, quien siendo apenas un adolescente cometió su primer crimen asesinando a Ametz Mocube, padre de Rodrigo y Verónica Mocube.

Los acontecimientos se irán sucediendo si solución de continuidad llevando, así, a todos los personajes a una loca y peligrosa carrera por lograr hallar el tan codiciado tesoro y conseguir salvar sus vidas.

Cuentan los más ancianos de la sierra del Pirineo Central, que existía un divino Cáliz, del cual bebaba Jesucristo con sus discípulos en las cenas, que era de forma semiesférica, realizada en preciosa ágata de color rojo oscuro y que quien bebiese de él alcanzaría la eterna juventud. Dicen también, que san Pedro la llevó a Roma desde Jerusalén y que permaneció allí por largo tiempo hasta que el emperador Valeriano

persiguió a los cristianos con saña y que el diácono Lorenzo, hijo del pirineo oscense, envió, antes de ser asesinado, la sagrada Copa a su lugar de nacimiento. Afirman además, los venerables vetustos, que una vez llegado a Huesca el Cáliz, permaneció allí custodiado hasta la invasión del infiel musulmán. Que el obispo Audaberto partió con la Copa de ágata con el fin de protegerla del hereje, hallando refugio en la cueva del monte Pano, habitada por un ermitaño de nombre Juan de Atarés. Y cuentan, por último, que el bueno de Atarés, muerto ya el obispo Audaberto, fue enviado como abad al monasterio del Santo Sepulcro, en la serranía de Salamanca, y que allí llevó la vendita reliquia y que allí conoció a la que fuese mano derecha de don Rodrigo, el último rey visigodo de la Hispania invadida por el infiel, y que allí acontecieron unos hechos que marcaron del devenir de los tiempos.